



Marlo D. Ríos Gastelú

Anuario UNPE

Quizás.....

Era la hora sexta, vencido el meridiano, cuando el "rubicundo Apolo de doradas crenchas" como diría el genial Tamayo, resbalaba por el lomo del ocaso y el vespertino se anunciaba. La melena de Febo de rendía entre los sedosos vellones del crepúsculo; los celajes dibujaban caprichosos arabescos de informes formas en el horizonte con figuras surrealistas de colores estridentes del pincel de Picasso o el adusto claroscuro de Rembrandt allí en el cielo, y que poco a poco se difuminaban en la semiclaridad del atardecer imaginando espejismos de trasgos de mito y leyenda.

Con la cabeza gacha y mirando el suelo, iba yo caminando Quijote en el jamego de mis meditaciones. Escuchando el tictac acompasado de mis pasos, hundido quizás en qué meditaciones hermanas de mi alma bohemía, mi mente febril discurría quien sabe en qué abstracciones metafísicas acerca de la sociología de la ignorancia, pero ésa es otra historia, o acaso pensaba en simples malabarismos literarios producto de románticos ensueños, un romanticismo obsoleto, anacrónico y pasado de moda como dirían las gentes de piedra. Levanté la mirada y me vi en una plazuela de barrio, donde había un jardín que pugnaba por ser jardín, venciendo la hostilidad del páramo extenso que en la distancia se veía limitado por azules montañas arrebujadas en pardas nubes.

En mi derredor olía a retama o quizás a claveles o acaso a rosas que intentan sobrevivir, algunos copudos cipreses se alzaban solitarios de cuyos escondidos escenarios una orquesta de jilgueros y gorriones bulliciosos iniciaba en coro la sinfonía del sueño. Con ese paisaje de fondo, surgió de alguna parte, la vi, caminaba con el paso urgido, su silueta frágil, núbil, grácil, tenue, casi etérea. Sí, creo que la vi, al menos eso supongo, porque nunca la había visto antes, visión efímera y fugaz, desapareció en la arista de una esquina; mi respiración se tornó agitada por una hermosa cabellera rubia, undosa. Fue sólo un segundo, su tez blanca, artísticamente sonrosada. Imagino también que me miró y juraría que sus ojos eran verdes con una mirada de lejanía, sospecho que sonrió con una sonrisa enigmática y tibia, breve, muy breve; puedo asegurar que parecía una virgen, una diosa, de aquellas que Bécquer el poeta del amor frustrado las describe inalcanzables pese a estar tan cerca, con una belleza de ondulantes sinuosidades y al mismo tiempo castas, una deldad de un olimpo casero. Sí, quizá la vi.

¿Cómo se llamaría? Seguro que tenía un nombre bonito, juraría que se llamaba Ruth la hermosa moabita o quizá María como la mujer del Nuevo Testamento, aunque hay tantas Marías en el mundo. Pero ambas son bíblicas, entonces cómo no bautizarla con alguno de esos nombres, creo apropiados para ella y para que no quede en el anonimato de mi memoria, y de ese modo creer que realmente la vi en una tarde mortecina cuando el "rubicundo Apolo de doradas crenchas", en trance vespertino anunciaba otro amanecer en alguna parte del mundo.

Absorbido por ese soliloquio no me di cuenta que la noche imperaba, las luces de neón borraron el hechizo de mi fantasía, -hace frío- me dije, y escuchando el tictac de mis pasos llegué a mi aposento, abrí la ventana y la luna, mi inquilina, entró por la ventana, tenía la cara doblada, ella me miró, con una mirada que no era entera.

Pedro Intiorko



Foto: Marcelo Negro
Emilio Luján

En una reciente visita a Oruro comprobé que la ciudad de la minería, desde la visión de los imposibles y los despertares de esperanza, aún tiene la estatura de los sueños. No se ha perdido el romanticismo, tampoco el sentimiento de amistad, con su entrega a las emociones de latidos sinceros y el compromiso de fidelidad cuando se aprietan las manos.

En aquella tierra de viento y frío, la calidez humana pone calor a los sentimientos, en tanto caen las semillas en los fértiles surcos, en una siembra intelectual traducida en poemas y canciones.

Sí, en esa tierra de aroma minero, los bardos empuñan sus plumas y escriben el sentir de la pampa y del corazón. Esa motivación hace posible una bibliografía rica en su variedad y sorprendente en su contenido, dando paso a este tipo de reflexiones, con mirada al pasado, en un afán de pisar tierra firme en una época en que el piso se nos mueve ante la violencia, la pobreza, la corrupción y la indiferencia.

Allí está Oruro con los vates y sus voces de protesta. Poetas que riman el encanto de la piedra y la arena. Bardos con estrofas de amor encendido en los ecos de jardines primaverales, cuando las flores se abren y dejan esparcir el aroma del polen provocativo y el perfume cautivador del deseo vegetal. También se acercan los rostros juveniles de trovadores bisoños en un insulso afán de lograr muy pronto la gloria. Así, entre elevaciones donde el mineral brilla con luz intermitente y los hilos de copajira humedecen la ciudad iluminada por un sol reflejado en caliente asfalto, el trino de un zorzal viajero invita a crear estrofas.

Todo aquello que quedó grabado en mis retinas, se amplificó a través de la lectura de las páginas del anuario de la Unión Nacional de Poetas y Escritores, en las que se encierra el pensamiento intelectual difundido en el transcurso del 2003 y 2004.

Ensayo

Tengo en las manos ese anuario, y lo siento como si en mí andara una ciudad con su sístole y diástole. En cada página aparece un rostro y cada